

PREMIOS NACIONALES DE PERIODISMO

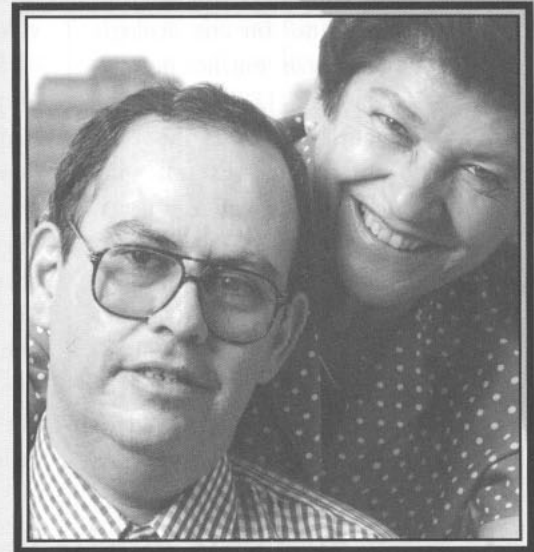
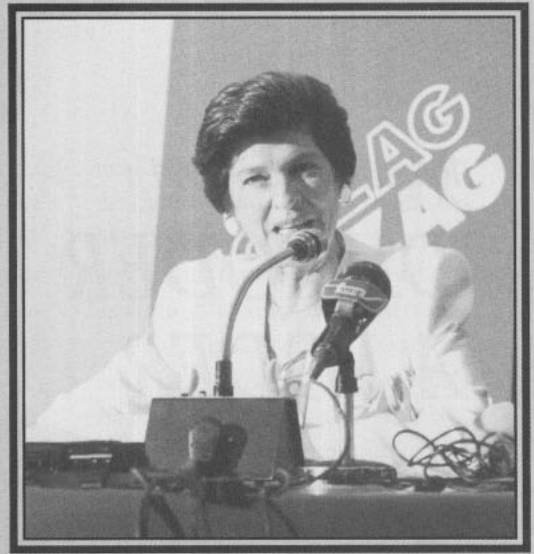
*veintidós*  
**CARACTERES**

Jacqueline Hott Dagorret  
Consuelo Larraín Arroyo  
*EDITORAS*

**AGUILAR**



UNIVERSIDAD  
FINIS TERRAE



RAQUEL CORREA

*Raquel Correa (1991):*

## *DE PODER A PODER*

**S**us continuos desórdenes y su timidez hicieron pensar que Raquel Correa no dejaría nunca de ser una alumna del montón, pero una maestra creía lo contrario. Elvira Carrasco de Illanes, profesora de física y matemáticas del Colegio Sagrado Corazón (Monjas Inglesas), la increpó durante su clase:

—Raquel, por favor pase adelante.

La niña se acercó temerosa. Estaba conversando y no había puesto atención en las palabras de la profesora. No sospechaba la enseñanza que recibiría esa tarde.

—¿Conoce la parábola de los talentos? Dígasela a sus compañeros...

Sonrojada y llena de titubeos logró darse a entender. Cuando terminó, doña Elvira, con una sicología que hoy añorarían muchos pedagogos, sentenció:

—Raquel, usted está desperdiçando sus talentos. Es una niña muy inteligente, pero no se esfuerza.

Esa frase le cambió la vida. «Comencé a estudiar como loca y di los exámenes válidos y aunque los resultados fueron 'reguleques', me seguí ejercitando hasta que logré ser la primera del curso. No me siento con talento, sino con ganas de hacer



*En uno de sus primeros programas televisivos de entrevista (cuando todavía se permitía fumar) con el Ministro de la Corte Suprema, José María Eyzaguirre.*

cosas e interés en conseguirlas», recuerda la segunda mujer que recibió el Premio Nacional de Periodismo.

### **FEA, MORENITA Y FLACUCHENTA**

Floja, retraída y poco sociable, en el colegio Raquel tenía la autoestima muy baja. Se sentaba al fondo de la sala y conversaba con sus compañeras. Era inteligente, pero la revolvía como nadie.

En su casa, con doce hermanos y un padre «autoritario y tradicional», Raquel debía hacerse respetar como fuese. Había que pelearse la palabra en la enorme mesa de la hacienda La Higuerrilla de Lontué, cercana a la comuna Sagrada Familia en Curicó. «Él tenía unas manotas inmensas. Cuando hacías una travesura, con un solo gesto te expulsaba del comedor. Era guapo, pero recto y coherente. Yo le tuve una profunda admiración.

Era una relación bien curiosa entre padre e hija, de amor-odio... porque al final nos parecíamos».

En la familia Correa las reglas estaban claras: las damas no asistían a comer con pantalones. Pero Raquel arremangaba los suyos hasta los muslos y los cubría con una pollera. «No me gustaba someterme a la disciplina ni que me mandaran y, en ese tiempo, eso no se usaba. Las niñas eran dóciles y a mí, en cambio, que me prohibieran algo era como ponerme un paño rojo por delante».<sup>1</sup>

Sus hermanos, sabiendo de la burla, comenzaban a reír, hasta que su padre se enteraba del engaño. En ese instante, la madre intervenía y trataba de calmar los ánimos. «Siempre le caían nuestros retos, por las indisciplinas y flojeras del colegio... Ella era una reina con nosotros y mi padre la adoraba».

Desde pequeña se sintió como patito feo; la más morenita, fea y fla-

*En 1960 entró a Vea, por entonces el tabloide de mayor tiraje en Chile. «Llegué como la primera periodista mujer, universitaria y casada... tenía todas las de perder».*

cuchenta de las hermanas. Pero eso no tenía importancia en la hacienda de sus padres. Corría descalza por los campos, convivía con caballos y jugaba con sus hermanos. «En el parque cada uno construía su propio fundo imaginario, donde había animales, siembras y cultivos. Jugábamos también al almacén y al banco ficticio».

«De niña no tenía muchas obligaciones, a lo más limpiaba los uniformes y cosas así. Mi única tarea era jugar y divertirme».

Hasta que a los ocho años, Raquel Correa contrajo una meningitis que la postró durante meses. De inmediato evacuaron la casa y le pusieron una enfermera de noche y de día.

Por un milagro, Raquel no tuvo secuelas, aunque durante años pensó que había quedado tonta. «Me creía menos inteligente que el resto», confiesa. Tuvo que soportar la burla de sus hermanos quienes, cada vez que cometía una torpeza, la molestaban apodándola «meninja».

Ingresó a las Monjas Inglesas a los nueve años, atrasada por su enfermedad. «No me encontraba en las mismas condiciones que el resto de mis compañeros: entré donde me correspondía por edad, no por conocimiento». Fue pasando de curso «a medio morir saltando», hasta que la profesora Elvira Carrasco tuvo el gesto que le permitió superarse.

Su adolescencia tampoco es algo que rememore como años gloriosos. De la infancia pasó a tacones altos y polleras simples. Seguía tímida y planchona. «El primer baile fue uno de los desastres más tremendos de mi vida. Mi mamá me había comprado un vestido blanco muy lindo. Me sa-

có fotos en *Rays* y las puso en *El Mercurio*. Mientras, yo lo único que quería era enfermarme. Igual fui, pero me pasé toda la noche flanqueada por mis dos preciosos hermanos. Nadie me sacó a bailar».

Fea, flacuchenta y morenita en su infancia; actriz fugaz; tímida y planchona estudiante de sicología en años mozos; madre tierna y rigurosa, hoy.

#### LA VOCACIÓN: UN RAYO EN LA CABEZA

A los diecisiete años, su búsqueda profesional comenzó difusa en las tablas de la Academia de Teatro de Hugo Miller, en la obra *Esquina peligrosa*, donde reemplazó a la primera actriz. Raquel representaba el papel de una mujer joven y casada, que engañaba a su marido homosexual.

Pese a sus aptitudes, la carrera teatral concluyó de improviso. «El día del estreno llegó mi mamá y me sacó de un ala del teatro. ¡Pelarco se lo perdió!, como diría Raquel Argandoña», bromea la periodista con una risa estruendosa.

Tras su frustrado paso por el teatro, Raquel estudió durante tres años sicología en la Universidad de Chile: «Siempre me interesó la naturaleza humana, pero creo que me equivoqué. Pensé que sicología era más humanista, —la visión que tiene todo el mundo— y resulta que incluía medicina, matemáticas, asistir a autopsias...».

Su peregrinaje vocacional concluyó inesperadamente, cuando aún no cumplía los veintidós años, en

una cena con la familia, a tres meses de casada. Uno de los comensales mencionó la palabra periodista y fue como si un rayo le abriera la cabeza, dejando su mensaje en el interior.

Al día siguiente partía de vacaciones a Lontué. Allí hojeó desesperada una guía de teléfonos de Santiago, hasta que descubrió que la Universidad de Chile tenía una escuela de Periodismo. Durante esas dos semanas en el campo no dejó de pensar en ello.

Así, ya casada con Eduardo Amenábar, agricultor vinculado al mundo de la mecánica y la construcción, en 1956 ingresó a la cuarta promoción de esta nueva carrera: Periodismo. «Maravilloso, esos sí eran los temas que me interesaban», comenta. Allí hizo amigas como Silvia Pinto y Patricia Guzmán. «La escuela era de una pobreza franciscana, pero los profesores eran excelentes. Nos inculcaron el respeto por la verdad, el amor por la profesión y el sentido del sacrificio. Éramos capaces de pasar horas frente a un edificio, esperando a una persona...», recuerda nostálgica.

#### ABRIÉNDOSE PASO EN UN PERIODISMO DE HOMBRES

Cuando cursaba tercer año, la ilustre profesora Lenka Franulic invitó a un grupo de alumnos a participar en un programa pero todos desistieron. Solo ella terminó trabajando en Apuntes, un espacio hecho por mujeres.

Con esa experiencia, pronto emigró a la radio de la Universidad de Chile. Estuvo también en la revista *Entretelones* acompañaba por dos grandes del periodismo: Julio Lizarzotti

y Hernán Millas. Luego en 1960, trabajó en la agencia cubana Prensa Latina.

Y siguió subiendo: llena de confianza, se atrevió a pedirle trabajo al director de revista *Vea*, por entonces el tabloide de mayor tiraje en Chile, con temas de actualidad y tinte sensacionalista. «*Vea* fue mi camiseta periodística. En ella dejé mi alma. Me entregué al máximo y no tengo en cuenta las horas que me quedé trabajando. Ese entusiasmo, esa adrenalina... Creamos un equipo muy lindo con gente de buen nivel».

De simple reportera pasó a jefe de informaciones, subdirectora y finalmente ocupó la dirección hasta retirarse en 1975. «Llegué como la primera periodista mujer, universitaria y casada... tenía todas las de perder. Tuve que esforzarme mucho para demostrar que era tan capaz como el resto y ¡alegrar para que no me dejaran fuera de los turnos de talleres!». Y ex-

plica: «La hora de cierre se prolongaba hasta que los linotipistas terminaran la edición, en los propios talleres, y en un ambiente de puros hombres. Dos, tres, cuatro de la mañana o hasta la hora que fuera necesario».

Aunque en *Vea* la política no era lo esencial, durante la Unidad Popular no recuerda experiencias dramáticas: «Nunca sentí limitación a la libertad de prensa, porque vivíamos en democracia —aunque estaba amenazada—, con desorden y escasez. Pero el periodismo lo podíamos ejercer con libertad. En cambio, después del Golpe tenía que ir al Diego Portales a que los censores revisaran los originales».

El punto cero de ese cambio lo sitúa el 11 de septiembre de 1973. «Estaba en mi casa cuando supe lo ocurrido. Partí a la revista de inmediato. Ahí nos encontramos todos y supe con certeza que se nos venía una noche oscura —habían bombardeado

La Moneda, Allende se había suicidado...—, especialmente para el periodismo. Todos los diarios y canales fueron clausurados y tuvimos que empezar de nuevo, poco a poco...».

Pasado un buen tiempo, la directora de la revista *Vea*, viendo la imposibilidad de sortear la censura, decidió escribir unas ácidas líneas en la sección Carta de lectores. En ella criticó duramente el gobierno de Pinochet y para evitar cualquier «reacción militar» firmó como Teresa Infante: Teresa por el segundo nombre de su madre e Infante, por el apellido materno de su marido.

El artículo llegó a las oficinas del Diego Portales. De inmediato fue invitada a dar explicaciones. La increparon e intentaron hacerla revelar el origen de la carta, pero la reportera negó su procedencia. «Fue uno de los artilugios a los que hubo que acudir para informar durante la dictadura», recuerda.



*Rodeada (de izquierda a derecha) por Jovino Novoa, Andrés Allamand, Patricio Phillips, Armando Jaramillo y René Abeliuk, al recibir el Premio Silvia Pinto.*

## TROPEZONES EN LA ESCALERA DEL ÉXITO

En 1975, siendo Raquel aún su directora, la revista *Vea* cambió de línea. «Se la vendieron a un mercader del periodismo, un señor que intentó manejar la editorial».

Raquel se negó a continuar en esas condiciones y «después de quince años me dieron solo tres meses de desahucio y una máquina de escribir». Lo que más le dolió fue perder a sus compañeros de trabajo y el esfuerzo que había detrás. «Desde 1975 hasta 1977 fue la época más dolorosa de mi vida. Coincidió con una crisis de mi hijo y justo después me echaron de la televisión».

Pero Raquel Correa ya era una marca registrada. Y aunque contaba con la animadversión de un sector del gobierno, comenzó a recibir ofertas. Le ofrecieron hacer libretos para unos programas radiales de Codelco, pero sólo le pagaron los cinco primeros y le anunciaron a quemarropa que el espacio no se realizaría. Vino el turno entonces de un proyecto para la revista de un banco. Todo estaba acordado, cuando nuevamente le dijeron que no se haría. Extrañamente la habían reemplazado. «Una mano mora cortaba mis posibilidades».<sup>2</sup>

Hasta que un día se le acercaron Verónica López y Mónica Comandari con una idea entonces visionaria: crear la revista *Cosas*, publicación que, bajo un perfil magazinesco y social, insertara entrevistas a fondo a los personajes más controvertidos de la época. Raquel logró así asentarse. «En *Cosas* la entrevista se convirtió en un género, no había tanta cantidad como hoy».



*Aquí con su marido Eduardo Amenábar y la profesora Elvira Carrasco, quien le recordó la parábola de los talentos.*

## DEL EXILIO INTERIOR A LA CONTINGENCIA

En televisión, De cara al país implicó para Raquel Correa su retorno a la pantalla, tras un período que llamó un «exilio al interior del país»,<sup>3</sup> ya que a dos años del golpe militar, resolvió trasladarse desde los estudios de *Canal 13* a la estación de gobierno, *TVN*, «en una de las decisiones más estúpidas de mi vida», aseguró después.

Allí comenzó a hacer entrevistas candentes a personas relevantes bajo los ojos inquisidores de los asesores civiles. «Y siempre... los sacristanes terminan matando al señor cura. Comenzaron las restricciones a la libertad...».

El ciclo en *TVN* duró hasta septiembre de 1975 con la entrevista a Rafael Cumsille, dirigente de los pequeños empresarios. «Se largó a hablar como loco. Lloró, pataleó, gritó y me empujó. Fue una cosa espantosa, dramática. Era el aniversario del 11 de septiembre y Cumsille alegaba contra el ministro de Hacienda, Sergio de Castro, quien era los ojos del régimen, y contra la Dirinco. Traté

de controlarlo, pero la emisión era en directo... Cuando terminó el programa, tuve la certeza de que era el último. Me quedé sin entrevista un mes y luego dos, tres... Pasaron dos años sin poder trabajar. Simplemente, porque no era adicta al régimen».

Hasta que *La Tercera* le ofreció hacerse cargo de las entrevistas semanales y, a poco andar, *El Mercurio* la tentó con un mejor contrato.

En las reuniones de pauta del Cuerpo de Reportajes de *El Mercurio*, en los años ochenta, se templó su carácter tenaz y consecuente. Claudio Gárate, editor de economía del *Canal 13* y su compañero de entonces, recuerda que «en esa época el suplemento tenía mucha incidencia en la vida pública; lo que se decía ahí habitualmente rebotaba después durante la semana y salían reacciones al respecto en otros medios, sobre todo de lo que escribía Raquel».

Fue con periodistas como Igor Entrala, Blanca Arthur y Pilar Molina donde ella impulsó con corajuda humildad los cambios que no muchos se atrevían a generar. Estiró los límites y colocó en el tapete los temas

políticos. «Los diecisiete años del gobierno militar me marcaron profesionalmente —y como persona— muy hondo», confesó a Margarita Serrano en una entrevista.

### LA FUERZA DE LA VERDAD

Uno de los episodios más paradójales en la carrera de Raquel Correa es el ocurrido en 1979 con el neurosiquiatra Claudio Molina en el Instituto Médico Legal.

Molina había ofrecido públicamente entregar a sus familiares los cadáveres calcinados descubiertos en los hornos de Lonquén en 1978. Sin embargo, cuando los tuvo en su poder ordenó su sepultura en una fosa común del cementerio. La inhumación, a la que asistió personalmente, se realizó a las seis de la mañana en total secreto.

Esperándola en el auto, su marido la acompañó a la entrevista, como uno de sus continuos gestos de ternura, que Raquel considera parte de su romance matrimonial. Ella estaba más nerviosa que de costumbre. Debía averiguar por qué el doctor Molina había permitido el entierro sin avisar a las familias.

La sala donde se desarrolló el encuentro era amplia, blanca y pulcra, con dos puertas que daban a un cuarto interior y una mesa de acero, donde yacía un cráneo humano. Allí la esperaba el doctor Molina. Al pedirle explicaciones sobre los cadáveres de Lonquén, el médico respondió con evasivas: su único interés era conversar sobre genética. Y mientras hablaba entraba por una puerta y salía por la otra, volviendo sobre lo mismo: ella le preguntaba por A y él respondía B.

—Pero, Raquel, ¿por qué no hablamos de un proyecto biológico que estoy desarrollando?—, insistía.

Pese a sus esfuerzos, Raquel terminó la entrevista con las mismas dudas con las que había llegado.

Ya en el auto, la periodista dejó caer todo el peso de su cuerpo en el asiento.

—Atroz. Me fue pésimo. El tipo no contestó nada—. Miró a Eduardo y le relató lo sucedido.

Él la miró de vuelta y le aconsejó ¡cuéntalo tal cual!

El resultado fue excelente, un ejemplo de cómo acorralar con información a un entrevistado cuando este no quiere ¿o no puede? contestar, pero es su deber hacerlo. La periodista lo recuerda como un milagro comunicacional y como uno de sus mejores trabajos. Porque pese a que siempre ha sido reticente al poder, ella misma a veces utiliza el suyo para hacer ver sus incoherencias al entrevistado. Con todo, concibe la entrevista como «una danza donde no se puede andar a patadas con la pareja. Se debe producir una cierta armonía con el otro, un encuentro».

### EL DEDO DE LAGOS

—¡Excúseme, Raquel! ¡Hablo por quince años de silencio! Y me parece indispensable que el país sepa que está en una encrucijada y tiene una posibilidad de salir de ella, civilizadamente, a través del triunfo del No.

Era el 12 de abril de 1987 cuando los televisores se quedaron estáticos en la señal de *Canal 13*. Las cámaras de la quinta edición del programa político De cara al país se clavaron en un personaje cincuentón de voz ronca, terno oscuro y frente amplia, quien levantó su dedo amenazante: «Usted, general Pinochet, no ha sido claro con el país... Usted,

general, primero dijo que había metas y no plazos. Después usted tuvo plazos y planteó su Constitución del 80. Le voy a recordar, general Pinochet, que usted el día del plebiscito de 1980 —enfaticó agitando un artículo periodístico en su mano— dijo que no sería candidato en 1989. La cámara está enfocando este recorte donde usted afirma esto y ahora le promete al país otros ocho años con torturas, asesinatos y violaciones a los derechos humanos...».<sup>4</sup>

Ricardo Lagos Escobar dejó perplejos a todos, partidarios y detractores, al enfrentar cara a cara a un imaginario general Pinochet, sin que los panelistas Raquel Correa, Lucía Santa Cruz o Roberto Pulido pudiesen intervenir. «Lagos es un buen entrevistado, sobre todo en televisión. Tiene fortaleza, es seguro, asertivo y envolvente. Hay que estar alerta para no dejarse llevar...».<sup>5</sup>

Trece años después del episodio, Ricardo Lagos se transformó en Presidente de la República y Raquel Correa es reconocida como la entrevistadora política por antonomasia. Sus diálogos dominicales en el Cuerpo D de *El Mercurio* y sus frecuentes apariciones en *Canal 13* son siempre noticiosos.

### DE VISITA CON EL GENERAL

La sala presidencial del Palacio de La Moneda es el lugar de los hechos. Día miércoles 12 de julio de 1989. Una amplia estancia, el Salón Rojo, iluminada por lámparas de lágrimas y con tres ventanales espera a sus protagonistas: las periodistas Raquel Correa, Elizabeth Subercaseaux y el presidente Augusto Pinochet Ugarte. «Sin edecanes ni asesores. Sin más testigos que nuestras grabadoras, los oídos y ojos de los tres».<sup>6</sup>

El General se encuentra de pie en medio del salón. Viste ternos oscuros, camisa celeste y una perla en la corbata. Sus ojos azules están un poco enrojecidos. El bigote plumoso y la cabeza revuelta de canas lo hacen parecer un hombre mayor. Avanza hacia ellas. Se saludan. El militar se sienta en una silla de cabecera y estira su chaqueta.

—Estoy listo para comenzar—sentencia.

«Era un militar poderoso y atractivo», asegurará con la convicción de los años Raquel Correa. El ex Comandante en Jefe del Ejército posee un halo seductor que muchas veces tienta a las reporteras a caer en su juego. Seguro de tener la razón, se justifica con enojo, golpeando la mesa y alzando la voz:

—¡Pero si estaban armados, Raquel. Si mataban a mi gente! ¿Dónde están los terroristas, los veinte mil hombres armados? ¡Se olvida de eso, usted! ¡Todos esos cubanos!... Yo no me olvido...

En ese momento Raquel piensa que los edecanes apostados afuera de la sala las acompañarán hasta la puerta. Sabe que un breve gesto del militar hará terminar abruptamente la entrevista.

Aún preso del enojo, Pinochet, en ese mismo instante, cambia su actitud y les lanza un piropo. Se muestra gentil y adulador. «Es difícil sustraerse a su poder... Los que lo consideran un monstruo dirían que estoy hablando tonteras, pero, sin duda, es un hombre con una personalidad envolvente, un gran sentido



*Un éxito de ventas fue Ego Sum Pinochet, completo perfil del general escrito en conjunto con Elizabeth Subercaseaux.*

de autoridad y ¡un manejo brutal!... muy parecido al de mi padre!», recuerda Raquel.

El resultado de esos cinco encuentros fue el libro *Ego Sum Pinochet*—que se transformó de inmediato en *best seller*—, proyecto realizado en conjunto con su amiga Elizabeth Subercaseaux, en los últimos años del régimen militar. Raquel había estado al borde de la negativa, pero finalmente aceptó frente al alto grado de profesionalismo que involucraba el trabajo. Entrevistar al ex comandante en jefe del Ejército suponía un encuentro con silencios y resquemores. Y así fue. Durante años, la periodista se había negado a calificar al Jefe de Estado como Presidente, porque no había sido elegido para el cargo. Se las había arreglado para que siempre el entrevistado lo nombrara como quisiese y ella repreguntaba refiriéndose sólo a él. Para los censores civiles esto no pasó inadvertido.

«Ser periodista en el gobierno de Pinochet fue un desafío. Estabas siempre en el borde, pensando qué iba a pasar después. Cada domingo creía que al otro día me iban a echar

del diario, pero se produjo la coincidencia de que empezó la apertura política y al país y al mismo diario le convenía tomar una postura distinta», añade.

Entrevistar a Pinochet a fondo fue una experiencia única. «Te enseña cómo manejarte frente al señor que está a tu lado, a quien consideras un dictador y presumes responsable de muchas violaciones a los derechos humanos», re-

cuerda la entrevistadora. Y agrega: «Plantarme frente a él, de poder a poder. Como diciéndole: Griteme, réteme, haga lo que quiera, pero yo soy la prensa. Eso te permite contestarle de igual a igual. Poderle parar el carro. Claro que fue en las postrimerías de su gobierno».7 Curiosamente, este baile de poderes concluyó con una frase clave del militar: «Usted, Raquel, me odiaba y yo le tenía mucha distancia... pero... he terminado queriéndola y creo que usted también...».

## RAQUEL: PREMIADA INQUISIDORA

Su larga trayectoria y las ganas de seguir aportando al periodismo, en especial a la entrevista política, la han sobrepuesto a circunstancias adversas o malos entrevistados que de tanto en tanto le hacen perder la esperanza, cansarse, titubear. Pero ahí están sus encuentros con Raúl Alfonsín, Carlos Menem, Mario Vargas Llosa, Sor Teresa de Calcuta, Henry Kissinger. A nivel local, presidentes como Jorge Alessandri, Eduardo Frei Montalva, Salvador Allende, Augusto Pinochet, Patricio



Aylwin, Eduardo Frei Ruiz Tagle y, últimamente, Ricardo Lagos. «Muchas veces pienso que me desdoble cuando estoy ejerciendo periodismo. Ahí estoy actuando, asumo el papel de entrevistadora... como una verdadera actriz. Sobre todo en televisión, que tiene toda esa fantasía aparente, esos absurdos taburetes y luminarias, creando ese efecto de intimidad, de comunicación y olvidando que existen millones de personas observándote», evoca la periodista con su risa ronca.

Pese a tener mucho de qué jactarse, ella no lo hace: más que humilde es tímida. Retraimiento que une a una personalidad que desconcierta, ya que quienes la conocen como profesional saben que a la hora de prender la grabadora es determinada, valiente y metódica.

Eso explica sus muchos triunfos profesionales: obtuvo el Premio Lenka Franulic en 1963; Premio Helena Rubinstein, ese mismo año. En 1972 le dieron el Laurel de Oro al mejor programa periodístico de la televisión: sus entrevistas en *Canal 13* de la Universidad Católica de Chile. «La entrega fue una de las cosas más atroces de mi vida. Me paré adelante para recibir el premio, con un Teatro Caupolicán lleno de personeros pifiando. Odiaban al *Canal 13* por sus programas. Qué desagradable.». En 1982, El Consejo Mundial de Educación la galardonó y en 1987 recibió el Premio Embotelladora Andina. Son decenas los galardones, premios, distinciones y diplomas que cuelgan y sobresa-

len de los estantes de su escritorio, junto a su colección de grabadoras y sus libretas de apuntes y direcciones que llama su diario de Ana Frank.

Sin embargo, el trofeo que Raquel recuerda con más cariño es el que lleva el nombre de una de sus amigas: Silvia Pinto, quien murió trágicamente en un accidente aéreo.

Raquel Correa bordea hoy las seis décadas. Nació con la Segunda Guerra Mundial a sus espaldas. Su juventud la marcó la Reforma Agraria, cuyo desarrollo y culminación vivió con pena cuando fue expropiado el campo de la familia en Lontué. Su padre había repartido sus tierras entre sus doce hijos. La pareja Amenábar Correa la cultivó desde entonces, construyendo la huerta con sus propias manos.

El campo aún llama a Raquel y al concluir la semana, se va con su

marido e hijo a la parcela de Sagrada Familia, que limita con el antiguo fundo familiar, donde se olvida de su responsabilidad semanal de buscar la entrevista.

La vieja casa donde ella se crió está parcialmente destruida y ya no quiere verla. Prefiere los recuerdos guardados en su mente.

En Raquel Correa rivalizan varias personas. Una periodista severa, rigurosa, inquisitiva e informada; una mujer risueña, cariñosa y decidida y una madre estricta y exigente, pero a la vez tierna y algo sobreprotectora.

También está la esposa y su romántica historia con su marido Eduardo, que comenzó temprano, cuando ella era una niña de trece años. Fue un encuentro breve. No se volvieron a ver hasta mucho después, cuando Raquel no cumplía aún los

diecinueve y se vestía «como todas las chiquillas: pollera plato, una blusa y solo variaba el peinado: suelto o tomado en cola de caballo...». Al reencontrarse, Eduardo le juró que en todo ese tiempo él la había amado en silencio y a la distancia. Raquel hoy afirma: «Nos peleamos, nos hacemos cariño. Sostenemos un amor inmaduro, y aunque me gustaría más madurez, creo se convertiría en una rutina. Es bonito. Tiene esa gracia».

El único hijo de Raquel y Eduardo, hoy de treinta y seis años, robó sin querer parte importante de las preocupaciones de su madre. Un daño cerebral frenó su mente en la infancia mientras su cuerpo



*Maestra en el arte de preguntar, ha puesto en aprietos a presidentes, ministros y a más de algún político conquistador.*

siguió desarrollándose. «Me ha llenado la vida y se ha transformado en mi norte, mi sur, mi este y mi oeste. Duro, ha sido duro. La idea del coeficiente intelectual ya no me preocupa, lo superé. Me traumó un tiempo y me dolió cuando Juan Eduardo era niño, cuando no podía entrar al colegio como los demás. Ese tipo de cosas significaron mucho esfuerzo y frustraciones», confiesa. Su gran satisfacción es haberlo sacado adelante; su preocupación radica en el futuro. «Qué será de él el día en que yo no esté».

Raquel Correa guarda silencio. Y de improviso lanza una frase que obliga a retomar la entrevista. Le es imposible ocultar las ganas de cambiar los roles y sentarse al otro lado de la grabadora. No le gusta revelar sus cosas. Observa con cuidado, a veces desconfía de las preguntas. «¿Estás seguro de que es para un libro de Premios Nacionales de Periodismo? Parece más una visita al confesionario...», repregunta con dureza y luego ríe. Cuesta acercarse a ella, conocerla.

Pese a sus momentos de alegría, hoy parece no estar contenta. Le molesta el alto grado de *showbiz* del medio nacional y no soporta que un actor, un empresario o un cómico reemplace a un periodista. «Es que todos estamos haciendo lo mismo. Hay demasiados cocineros para el mismo guiso. Y uno siente que su aporte ya no es importante y que ahora todo el espacio es para el espectáculo, para el divertimento, pa-

ra lo *light*, lo *rasca* y lo *guachaca*. Y eso me gusta decirlo con fuerza».<sup>8</sup>

#### PREMIO NACIONAL: FRUTO DEL ESFUERZO

También con fuerza le apretó la mano el ministro de Educación el 24 de agosto de 1991 cuando la felicitó calurosamente por haber obtenido el Premio Nacional de Periodismo. «Notable es su estilo de entrevista a las más diversas personalidades nacionales y extranjeras. Directo, franco y documentado, enriquece el mensaje periodístico, para interpretar los intereses de los lectores, auditores y telespectadores»,<sup>9</sup> fue parte del discurso.

El ministro no era un desconocido. Había sufrido y gozado en carne propia el talento de Raquel: el mismo Ricardo Lagos inquisidor del programa *De cara al país* ahora le entregaba el Premio Nacional de Periodismo, luego de treinta y dos años de labor. Ella era la segunda mujer en recibirlo, después de Lenka Franulic en 1957.

La decisión del jurado fue unánime. Raquel Correa tenía méritos de sobra: «Su destacada trayectoria profesional que la ha llevado a desempeñar labores en un diario de indudable influencia en la opinión pública, con gran capacidad en la conducción de equipos eficientes de trabajo; su creatividad periodística, manifestada en la puesta en marcha de proyectos renovadores y de información en áreas tan dife-

rentes como el medio de espectáculos o la actualidad política, y en el que actualmente trabaja; la combinación acertada que ha hecho de la labor profesional y docente con las que ha contribuido a la formación de varias promociones de periodistas y la objetividad y responsabilidad de su estilo informativo, con entrevistas y reportajes a personajes y hechos de importancia nacional e internacional».<sup>10</sup>

La periodista reconoció que el premio significaba la culminación de una vida de trabajo. «Es un orgullo para mí, que me siento representante de las generaciones que se formaron en la universidad», afirmó segura.

Aunque concede con la humildad de siempre —y con una risa que desconcierta y rompe cualquier hielo— que «alguna calidad habrá», en el ejercicio de la profesión sigue privilegiando valores como la fidelidad, la independencia y la perseverancia. «Eso la gente no lo aprecia mucho, porque existen otros periodistas muy buenos que no han recibido el Premio Nacional y algunos que no tienen los méritos suficientes para alcanzarlo: escritores o jefes que no se movieron de su oficina. Si me preguntan cuál es la clave de mi vida, diría que más que el talento, ha sido el esfuerzo».

Por Andrés Arcuch Villegas  
Colaboración: Nicole Martín

## F I C H A P E R S O N A L

**Nombre:** Raquel Correa Prats.

Casada con Eduardo Amenábar. Un hijo, Juan Eduardo.

**Estudios Básicos:** Colegio Sagrado Corazón (Monjas Inglesas).

**Estudios Superiores:** Academia de teatro de Hugo Miller. Psicología en la Universidad de Chile (1954-57). Periodismo en la Universidad de Chile (1956-1959).

**Trabajo:**

**Medios Radiales**

Departamento de Prensa y Radio de la *Universidad de Chile*; Programa Apuntes, radio *Minería* (1958-59); Agencia cubana Prensa Latina (1960); Revista *Entretelones*; Programa Las mujeres también improvisan, Radio *Cooperativa* (1971-1973).

**Medios Escritos**

Reportera jefa de informaciones, subdirectora, Revista *Vea* (1961-1974); directora, Revista *Vea* (1974-75); Entrevistas, Revista *Cosas*; Entrevistas, diario *La Tercera*; Entrevistas, diario *El Mercurio* (1981 - hasta la fecha).

**Medios Televisivos**

Programa La entrevista de Raquel Correa, *Canal 13*; Programa Entrevistas en *TVN*. Programa De Cara al país, *Canal 13*.

**Premios:** Lenka Franulic, Helena Rubinstein y Rotary Club, (1963); Laurel de Oro al mejor programa periodístico de la televisión (1972); Premio del Consejo Mundial de Educación (1982); Premio Silvia Pinto (1984); Premio Embotelladora Andina (1987); Premio Nacional de Periodismo (1991); Premio de la Academia de la Lengua y Premio Alfredo Moreno Aguirre.

**Publicaciones:** *Los Generales del Régimen*, con Malú Sierra y Elizabeth Subercaseaux; *Ego Sum Pinochet* con Elizabeth Subercaseaux, 1989.

**NOTAS**

- 1 *El Mercurio*, Ponce de León, Susana, entrevista, 1º de septiembre de 1991.
- 2 Revista *Cosas*, Confesiones del alma, septiembre de 1998.
- 3 Margarita Serrano, entrevista *Delante del espejo*, febrero 1987.
- 4 De Cara al País, programa político televisivo de *Canal 13*, abril 1987.
- 5 Malú Sierra, entrevista, La impenetrable periodista, edición especial de revista *Paula*, septiembre de 1997.

- 6 Ibid. pág. 12.
- 7 Malú Sierra, entrevista *La impenetrable periodista*, edición especial de revista *Paula*, septiembre de 1997.
- 8 Ximena Torres Cautivo, entrevista Desencantada, revista *Paula*.
- 9 *El Mercurio*, 24 de agosto, 1991.
- 10 *Las Últimas Noticias*, 24 de agosto, 1991.